

Los suizos que habian ocasionado este movimiento eran unos oficiales de la escolta del rey que buscaban un refugio en aquel recinto para evitar el fuego de los batallones del terraplen de los Fuldenses. Se les hizo entrar en el patio del Picadero, y se les desarmó de orden del rey.

Durante esta escena, Mr. D'Hervilly llegó á palacio atravesando por medio de las balas en el momento en que la columna de Mr. de Salis volvia con los cañones. «Señores,—les dijo desde lo alto de la azotea del jardin cuando pudo hacer oír su voz,—*el rey os manda ir todos á la Asamblea nacional.*» Añadiendo por sí mismo, y como última idea de prevision en favor del rey, *con los cañones.* A esta orden, Mr. de Durler reúne cerca de doscientos hombres, hace arrastrar un cañon desde el vestíbulo al jardin, tratando en vano de descargarlo, y se pone en marcha para la Asamblea, sin que los otros puestos exteriores, que no estaban prevenidos de esta retirada, tuviesen tiempo para seguirle. Esta columna, acibillada en su marcha por las balas de la guardia nacional, llegó en desorden y mutilada á la puerta del Picadero; en seguida es introducida dentro de los muros de la Asamblea, en donde rinde las armas. Informados los marseleses de la retirada de una parte de los suizos, y testigos de la defeccion de la gendarmería, marcharon por segunda vez adelante. Las masas de las arrabales de San Marcelo y San Antonio inundaron los patios. Westermann y Santerre les mostraron, sable en mano, la escalera principal, y los impulsaron al asalto cantando el *Ça ira*. La vista de sus camaradas muertos y tendidos en el Carrousel los exaspera y les hace arder en deseos de venganza, no siendo ya los suizos á sus ojos más que unos asesinos pagados. Cada uno se propone y jura interiormente lavar el suelo y el palacio con la sangre de aquellos extranjeros, y todos se precipitan como un torrente de picas y bayonetas bajo las anchas bóvedas del peristilo. Otras columnas, rodeando el palacio, penetran en el jardin por la puerta del Puente Real y del Picadero, y se agrupan al pié de las paredes. Tráense entónces seis cañones de la casa de la ciudad, y puestos en la esquina de las calles de San Nicasio, de las Ortigas y de la Escala, lanzan balas y metralla sobre palacio.

Los débiles destacamentos esparcidos por las habitaciones se reúnen sin orden ni concierto en el puesto más inmediato. Ochenta hombres se agrupan en las gradas de la escalera principal, haciendo desde allí un fuego graneado que deja tendidos en el vestíbulo cuatrocientos marseleses. Los cadáveres de éstos sirven de escala á los demas para trepar á la posicion. Los suizos se repliegan lentamente de escalon en escalon, y van cediendo el terreno á palmas, dejando una fila de cadáveres en cada grada; el fuego disminuye á proporcion que van cayendo, pero todos disparan hasta morir. El último tiro anuncia la muerte del último suizo.

Ochenta cadáveres están atravesados en la escalera, y desde aquel instante el combate se convierte en una carnicería. Los marseleses, los de Brest, los federa-dos y el pueblo inundan las habitaciones. Los suizos aislados que encuentran son inmolados en todas partes; algunos tratan aún de defenderse, y no consiguen más que añadir al furor de sus asesinos los horrores de su suplicio. La mayor parte arrojan las armas á los piés del pueblo, se arrodillan y ofrecen impávidos la cabeza á los golpes de sus enemigos; otros piden la vida, pero los agarran por las piernas y por los brazos y los lanzan vivos por las ventanas. Un peloton compuesto de diez y siete hombres se habia refugiado en la sacristía de la capilla. Así que los

descubren, y por más que el estado de sus armas, que enseñan al pueblo, atestiguan que no habian hecho uso de ellas en la jornada, son desarmados, se les desnuda y son degollados inmediatamente en medio de los gritos de *¡Viva la nacion!* Ni uno solo pudo salvarse.

VIII

Los que se encontraban en el momento del ataque en el pabellon de Flora y en las habitaciones de la reina, se reunieron á doscientos nobles y algunos guardias nacionales, al mando del mariscal Mailly, y formando una masa como de quinientos combatientes, trataron de obedecer la orden del rey, evacuando el palacio militarmente para ir al lado de su persona á la Asamblea. La salida que daba al patio estaba ocupada por el pueblo y batida por la artillería; la del jardin todavía era practicable, aunque tenia que sufrir el fuego de los batallones del arrabal que ocupaban el Puente Real y las orillas del rio. La columna tomó esta direccion, pero la verja de la Reina que daba entrada al jardin estaba cerrada. Aunque se hicieron esfuerzos desesperados para forzarla, la reja resistió largo rato, hasta que al fin se consiguió romper una de las barras de hierro macizo con las bayonetas, dejando una abertura por donde no podia salirse sino uno á uno. Por este estrecho portillo tuvieron que salir quinientos soldados, entre nobles y guardias nacionales, exponiéndose á los tiros certeros de dos batallones. Salieron, sin embargo, porque los clamores de sus compañeros asesinados á sus espaldas les hacian preferir una bala pronta y mortal á una carnicería lenta y atroz. Los siete primeros que salieron cayeron al mismo tiempo de atravesar la reja, y los demas pasaron á la carrera sobre sus cuerpos y se dirigieron á escape al jardin. Los uniformes encarnados de los suizos sirvieron de blanco al fuego de los batallones, y este encarnizamiento contra los suizos salvó á los nobles. Las balas escogian á los extranjeros y perdonaban á los franceses. Todos los suizos murieron. De los criados del rey y los voluntarios sólo mataron dos, que fueron Mr. de Clermont d'Amboise y Mr. de Casteja. Los otros se guarecieron detras de los árboles, que los protegieron algun tanto, pero recibieron á boca de jarro la descarga cerrada de un puesto de la guardia nacional situado en medio del jardin, dejando treinta muertos en el paseo principal ántes que consiguiesen llegar á la puerta del Picadero. Allí, Mr. de Choiseul, en nombre del rey, se puso intrépidamente delante de ellos con la espada en la mano, y penetró en el recinto de la Asamblea para poner á aquellos franceses bajo la salvaguardia de la nacion.

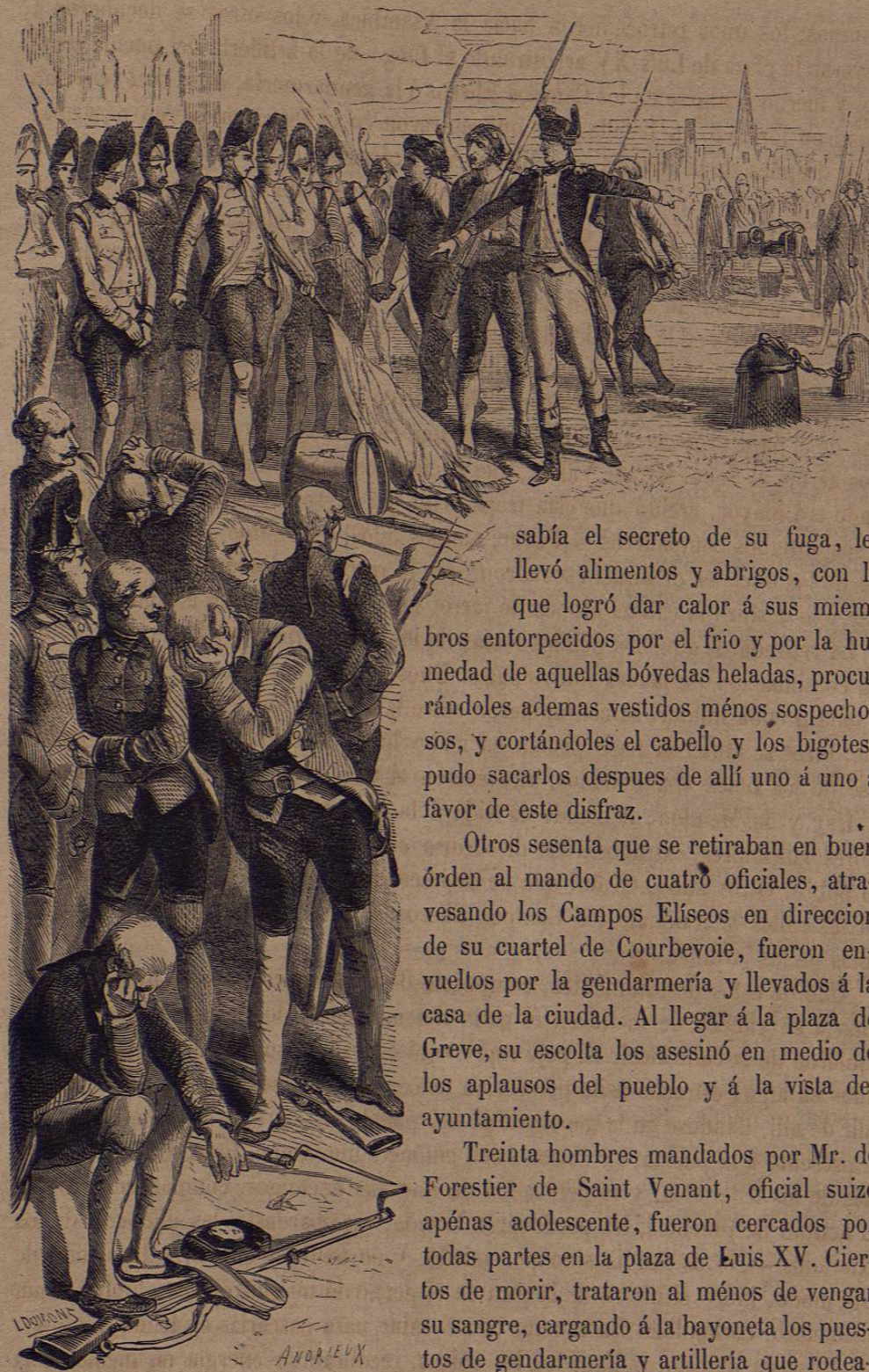
El resto de la columna fugitiva de palacio se abre paso por el puente levadizo, cubriéndose con los árboles, cuyos troncos son deshechos por las balas de cañon y de fusil. Una descarga á metralla disparada desde el puente rechaza aquella fuerza hácia el terraplen del invernadero. Sesenta suizos y quince nobles muerden el polvo en el pretil del estanque grande, debajo de la estatua de César. Otra gran parte de ellos, heridos por las balas ó por las ramas que caen de los árboles sobre sus cabezas, escapan á la muerte, tiñendo con su sangre el patio principal. Los señores de Virieu, de Lamartine y de Viomenil fueron de este número. Al llegar al pié del terraplen del invernadero, estos oficiales deliberaron lo que habian de hacer en medio de un fuego horroroso, y se dividieron en dos opiniones y en dos

columnas; los unos retrocedieron hácia la Asamblea, y los otros se decidieron á atravesar la plaza de Luis XV arrojando el fuego de la artillería del puente levadizo, y fueron á unirse en los Campos Elíseos á la gendarmería, de la cual veían un escuadron formado en batalla. Los que entraron en el Picadero fueron desarmados, y despues de la victoria, conducidos á las cárceles de Paris y asesinados el 2 de Setiembre. Los que salieron por la reja del invernadero perecieron, unos en la plaza de Luis XV y otros en los Campos Elíseos, á manos de aquella misma gendarmería, que se unió al pueblo para acabarlos. Algunos pocos, como Mr. de Viomenil, hallaron un asilo en las cuevas de la calle de San Florentino y de la Real, y sobre todo en la casa del embajador de Venecia, Pisani, que se expuso á morir por salvar la vida á unos desconocidos. Otros se apoderaron de un cañon escoltado por un débil destacamento cerca del puente de Luis XV, y trataron de servirse de él para proteger su retirada; pero una carga de la gendarmería se lo quitó y los arrojó al Sena. Mr. de Villers, que hacía poco habia salido de este cuerpo, en donde era mayor, creido que esta tropa venía en su socorro, se presentó delante de sus antiguos compañeros. «¡Favor, amigos míos!»—les dijo. A estas palabras, uno de los oficiales de aquel escuadron, que le reconoció, sacó friamente sus pistolas y le deshizo la cabeza á boca de jarro. Los demas murieron á sablazos.

La retirada de aquellos débiles restos de los defensores del palacio no fué sino una continuacion de lances individuales. Unos tiraron sus armas, y despojándose de toda prenda militar, se confundieron entre la masa de los espectadores del combate; otros se abrieron paso pistola en mano hasta la orilla del rio, y apoderándose de los botes abandonados, atravesaron el Sena, ocultándose en los bosques de Issy y de Meudon, debiendo la vida á la hospitalidad desinteresada de los pobres labradores, extraños á las discordias civiles. La hospitalidad es la caridad del pobre. Otros hubo, en fin, que se dividieron en pequeños grupos, y huyeron por las calles laterales de los Campos Elíseos, ó bien saltaron las empalizadas y tapias de los jardines.

Uno de estos destacamentos, compuesto de veintinueve suizos y un paje de la reina á su cabeza, se metió en el patio del ministerio de Marina, situado en la izquierda de la calle Real. El paje representó en vano á sus compañeros que acados en aquel estrecho asilo perecerian todos; pero los suizos persistieron en no salir de allí, fiándose en la generosidad del pueblo. Un grupo de ocho federados se presentó á la puerta; los suizos salen entónces uno á uno, tiran sus fusiles á los piés de los federados, y se persuaden de que sus enemigos, compadecidos al ver su actitud de vencidos, les perdonarán la vida. «¡Cobardes!»—les dijo uno de los federados.—No os rendis sino por miedo, y no tendreis cuartel.» Hablando de este modo, hincó el hierro de la pica en el pecho de un suizo y mató á otro de un pistoletazo, cortándoles las cabezas con el sable para pasearlas en triunfo.

En vista de esto, indignados los suizos, recobran su energía en medio de la desesperacion, y á la voz del paje recogen sus fusiles, y de una descarga matan siete de los ocho federados. Acuden entónces muchos más y ponen un cañon cargado á metralla en la puerta, con el cual hacen fuego en seguida, y matan veintitres soldados de los veintisiete que eran. Los otros cuatro con el paje, ocultos por el humo, se deslizaron sin ser vistos á la cueva del edificio. Envueltos en la arena húmeda burlaron el furor de sus enemigos, y ya de noche, el portero, único que



¡Cobardes!»—les dijo uno de los federados.—No os rendis sino por miedo.—Pág. 516.

sabía el secreto de su fuga, les llevó alimentos y abrigos, con lo que logró dar calor á sus miembros entorpecidos por el frio y por la humedad de aquellas bóvedas heladas, procurándoles ademas vestidos menos sospechosos, y cortándoles el cabello y los bigotes, pudo sacarlos despues de allí uno á uno á favor de este disfraz.

Otros sesenta que se retiraban en buen orden al mando de cuatro oficiales, atravesando los Campos Elíseos en direccion de su cuartel de Courbevoie, fueron envueltos por la gendarmería y llevados á la casa de la ciudad. Al llegar á la plaza de Greve, su escolta los asesinó en medio de los aplausos del pueblo y á la vista del ayuntamiento.

Treinta hombres mandados por Mr. de Forestier de Saint Venant, oficial suizo apenas adolescente, fueron cercados por todas partes en la plaza de Luis XV. Ciertos de morir, trataron al ménos de vengar su sangre, cargando á la bayoneta los puestos de gendarmería y artillería que rodeaban la estatua de Luis XV en medio de la plaza. Tres veces fueron reforzados estos últimos, y aquellos treinta valientes cayeron

la mayor parte uno á uno á impulsos de un diluvio de balas dirigidas contra ellos en todas direcciones. Reducidos ya á diez, consiguieron por fin forzar el paso, y metiéndose en el jardin de los Campos Elíseos, combatieron de árbol en árbol

hasta la muerte. Mr. de Forestier fué el único que sobrevivió momentáneamente á aquella catástrofe, porque no tenía aún ninguna herida; pero cuando estaba pronto á escalar la tapia del jardín, un gendarme á caballo, saltando el foso que separa el paseo de la calzada, le dejó muerto de un culatazo en los riñones.

El jóven Carlos de Autichamp, al salir del palacio y retirándose solo por la calle de la Escala, fué detenido por dos de los de Brest, á quienes dejó frios de dos pistoletazos. El pueblo se apoderó de él y le llevó á la plaza de Greve para inmolarlo. Esto sucedió en el momento en que degollaban á los sesenta suizos. Un movimiento de la multitud le separó de los que le escoltaban. Al quererle agarrar de nuevo, recogió una bayoneta que había caído á sus piés y la clavó en el corazón de un guardia nacional que le tenía cogido por el pescuezo. Entónces hiere ó amenaza á todo el que se le aproxima, y se lanza á una casa cuya puerta estaba abierta; sube precipitadamente la escalera, sale al tejado, entra en otra casa que daba á distinta calle, tira sus armas, se disfraza y escapa por sólo su valor de diez mil brazos dispuestos á asesinarle. Un noble anciano de ochenta años, llamado el vizconde de Broves, diputado en la Asamblea constituyente, herido en palacio, se retira tratando de ocultar su herida; pero es descubierto por la sangre que corre por sus cabellos y por todo su rostro; el pueblo reconoce en él un enemigo, y le sacrifica en las gradas de la iglesia de San Roque.

IX

Miéntas que los restos de las fuerzas militares que guarnecían el palacio se dispersan ó perecen fuera de él, el pueblo implacable asalta las habitaciones, trepando por cima de los cadáveres de los marseleses y suizos, para saciar su venganza en el interior. Los nobles, los pajes, los sacerdotes, los bibliotecarios, los ayudados de cámara, los criados del rey, los ujieres de cámara, los simples servidores, en fin, todos cuantos había en el palacio, eran á sus ojos cómplices de los crímenes del trono. Las paredes mismas les inspiraban ira y venganza. Estas paredes habían encubierto, según ellos, las tramas del clero, de la aristocracia y de las cortes, desde la conjuración de San Bartolomé hasta las traiciones del comité austriaco y hasta las descargas péfidas de los satélites extranjeros que acababan de asesinar al pueblo. Ellos querían lavar la sangre con la sangre. Esta corría por todas partes, y aquellos furiosos no andaban sino sobre cadáveres. La muerte misma no bastaba á su encono: un resentimiento feroz perseguía aún más allá de la tumba la sed insaciable de aquellos monstruos, depravando la naturaleza y rebajando al pueblo á ser peor que las fieras, porque aquéllas hieren, pero nunca despedazan. Apénas caían las víctimas bajo el hierro de los marseleses, cuando una horda furiosa se precipitaba sobre los cadáveres, que arrojaban por los balcones; los despojaban de sus vestidos, se gozaban en su desnudez, les arrancaban el corazón, estrujándolo para que chorrease sangre como el agua de una esponja, les cortaban la cabeza y tremolaban obscenos trofeos, que excitaban las risotadas de las Megeras de las calles. Nadie se libertó; el combate fué una carnicería.

Bandas armadas de hombres de los arrabales, con la pica ó el cuchillo en la mano, se esparcieron por las escaleras interiores y por los corredores oscuros del inmenso laberinto de todos los pisos del palacio, destrozando las puertas, agu-

jereando los techos, rompiendo los muebles, tirando las obras artísticas ó de lujo por las ventanas, rompiendo sólo por romper, mutilando por rencor, y no buscando el despojo, sino la ruina. En este saqueo general del palacio hubo devastación, pero no pillaje: el pueblo, en su ferocidad, se hubiera avergonzado de buscar otra cosa que á sus enemigos; el objeto de su levantamiento era la sangre y no el oro; se vigilaba á sí mismo, mostrando sus manos enrojecidas, pero vacías. Algunos ladrones vulgares, que fueron sorprendidos infraganti apropiándose algunos objetos, fueron ahorcados por el pueblo en el momento, poniéndoles un cartel que manifestaba lo vergonzoso de su acción. Las pasiones depravan, pero elevan también. El entusiasmo general que sublevaba á este pueblo le hubiera hecho ruborizarse de pensar en otra cosa que en la venganza y en la libertad. El furor que le poseía le dejaba, sin embargo, el sentimiento de la dignidad de su causa. Se sació de asesinatos, se embriagó en los tormentos y en el derramamiento de sangre, pero la generalidad respetó en sí al campeón de la libertad. Cuadros, estatuas, vasos, libros, porcelanas, espejos, obras maestras de todas las artes, acumuladas por los siglos en el palacio para esplendor y delicia de los soberanos, todo voló hecho pedazos, todo fué reducido á polvo ó ceniza. Por un capricho de la casualidad, nada quedó intacto sino un cuadro, composición de Fetti, que estaba en la alcoba del rey y que representaba la Melancolía, como si el emblema de la tristeza y de la vanidad de las cosas humanas fuese el único monumento eterno destinado á sobrevivir á las dinastías y á los palacios.

Las damas de la reina y de las princesas, las camaristas, la princesa de Tarento, la señora de Laroche-Aymon, la de Ginestous y la jóven Paulina de Tourzel, hija de la marquesa de este título, aya de los príncipes de Francia, se habían reunido desde el principio del combate en las habitaciones de la reina. Las descargas de artillería, la metralla de los cañones del Carrousel que pegaba en las paredes, la invasión del pueblo, la salida de los suizos, la victoria de un momento seguida de un asalto aún más terrible, los gritos, el silencio, la fuga de las víctimas perseguidas por encima de sus cabezas, en la galería de los *Carracios*, la caída de los cuerpos arrojados por los balcones á los patios, los rugidos de la multitud debajo de las ventanas, habían suspendido en ellas la respiración y la vida: hacía tres horas que morían de mil golpes.

La multitud, que había hecho su primera irrupción por otra escalera del palacio, aún no había descubierto su asilo. A éste se iba por la escalera oculta que subía desde la habitación de la reina á la del rey por la escalera de los Príncipes, obstruida por una masa enorme de cadáveres marseleses. Una de las bandas de degolladores encontró al fin el acceso de la escalera interior. Los últimos escalones comunicaban á los corredores bajos y oscuros de los entresuelos practicados entre los dos pisos. En estos entresuelos estaban los cuartos de la servidumbre inmediata de la familia real. Las puertas fueron derribadas á hachazos, inmolando los asesinos á los volantes y á la húngara de la reina. Madama Campan, su camarista favorita, y dos de sus criadas se arrojaron á los piés de los degolladores, abrazando los sables que levantaban para ellas. «¿Qué haceis vosotros?—dijo en voz baja uno de los marseleses.—A las mujeres no se las mata.» «¡Levantaos, miserables! ¡La nación os perdona!»—repuso un hombre que llevaba una gran barba y que acababa de asesinar á un volante, y les hizo subir en una banqueta

puesta en el hueco de una ventana, donde la multitud podía verlas y oírles, haciéndoles gritar: *¡Viva la nación!* Un aplauso general acogió esta exclamación.

Los dos ujieres de la cámara del rey, Sallas y Marchais, que podían evadirse entregando la puerta, murieron por obedecer á su juramento. Se pusieron los sombreros, y sacando las espadas, dijeron á los marseleses: «Aquí es nuestro puesto; queremos morir en el umbral que hemos jurado defender». El ujier de la cámara de la reina, llamado Diet, quedó solo, como centinela generoso, á la entrada de la habitación en donde se habían refugiado las mujeres, y sucumbió defendiéndolas. Su cadáver, atravesado en la puerta, sirvió aún de defensa á las damas. La princesa de Tarento, que oyó caer á este último y leal defensor, fué á abrir por sí misma la puerta á los marseleses. Su jefe, admirado de la presencia de espíritu y de la dignidad de esta mujer enfrente de la muerte, contuvo un momento á su tropa; la princesa, llevando de la mano á la jóven y bella Paulina de Tourzel, confiada á ella por su madre, dijo al marseles: «Heridme, pero salvad el honor y la vida de esta jóven. Es un depósito que he jurado devolver á su madre. Volvedle su hija, y tomad mi sangre».

Los marseleses, enternecidos, respetaron y salvaron á estas mujeres, ayudándoles á saltar por encima de los cadáveres que yacían en las antecámaras y corredores.

Algunos hombres del pueblo, al saquear los aposentos, habían roto las fuentes de mármol de los baños de la reina. El agua mezclada con la sangre inundaba el suelo, tiñendo de rojo los piés y los bajos de los vestidos de estas fugitivas, que fueron confiadas á dos hombres del pueblo que las condujeron furtivamente á lo largo del río por debajo del dique hasta el puente de Luis XVI, dejándolas en seguridad con sus familias.

X

La persecución de las víctimas que trataban de libertarse de la muerte duró tres horas. Las cuevas, las cocinas, los subterráneos, los pasos secretos y áun los tejados goteaban sangre. Algunos suizos que se habían ocultado en las caballerizas, dentro de montones de yerba, fueron ahogados por el humo ó quemados vivos. El pueblo quería hacer una inmensa hoguera de las Tullerías. Ya las caballerizas, los cuerpos de guardia y los edificios que rodeaban los patios estaban ardiendo; várias hogueras formadas con los muebles, los cuadros, las estampas y los libros de los cortesanos que vivían en el palacio ardían en el Carrousel; pero unas diputaciones de la Asamblea y del ayuntamiento preservaron con trabajo el Louvre y las Tullerías de un incendio. Parecía al pueblo que si dejaba en pié estos edificios, tarde ó temprano le devolverían el despotismo, y que sería un remordimiento de su esclavitud que se elevaría siempre delante de él. Quiso destruirlo para que un nuevo trono no tuviese un punto de apoyo en la ciudad de la libertad. No pudiendo incendiar las piedras, se vengó en los hombres. Todos los ciudadanos de una adhesión notoria á la corte ó sospechosos de compadecer la caída del rey que se encontraron y fueron reconocidos, cayeron asesinados á sus golpes. La más inocente y la más ilustre de estas víctimas fué Mr. de Clermont-Tonnerre.

Siendo uno de los primeros apóstoles de la reforma política, aristócrata popular y orador elocuente de la Asamblea constituyente, no traspasó en la revolución los límites de la monarquía, queriendo únicamente el equilibrio ideal de los tres poderes, cuya quimera veía realizada en la Constitución británica. La revolución, que no quería equilibrar, sino cambiar los poderes, le había rechazado, así como se había adelantado á Mounier, á Malouet y al mismo Mirabeau. Ella le aborrecía



Matanza en las habitaciones de las Tullerías.—520.

tanto cuanto más había esperado de él. Cuando los principios se truecan en furor, la moderación se cambia en traición. Mr. de Clermont-Tonnerre fué acusado en la mañana del 10 de Agosto de tener un depósito de armas en su casa. Un grupo considerable rodeó su casa y le condujo á la sección de la Cruz Roja, para dar cuenta de las asechanzas que tendía al pueblo. Su habitación, registrada por aquellas gentes, le sirvió de disculpa. El pueblo, desengañado por la voz de un hombre honrado, pasa pronto de la injusticia al favor; así que aquella turba aplaudió al acusado y le recondujo en triunfo á su casa. Pero los sicarios á quienes una mano invisible había designado la víctima se estremecieron al verle escapar. Un criado á quien había despedido provocó contra su antiguo amo una reunión de furiosos. En vano Mr. de Clermont-Tonnerre, subido en un guardacanton, arengó con san-